

LECTIO DIVINA

XXI DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO

(25 de agosto 2024)

Jos 24,1-2. 15-17. 18

Sal 33

Ef 5,21-32

Jn 6,5.60-69

TEMA

La liturgia nos habla de opciones. Nos recuerda que nuestra existencia puede gastarse persiguiendo valores efímeros y estériles, o invirtiendo en aquellos valores eternos que nos lleven a la vida definitiva, a la plenitud. Cada hombre y cada mujer tiene que hacer su elección día a día.

En la **primera lectura**, Josué invita a las tribus de Israel reunidas en Siquem a elegir entre “servir al Señor” y servir a otros dioses. El Pueblo elige claramente “servir al Señor”, como vio, en la historia reciente de la liberación de Egipto y del viaje por el desierto, cómo sólo Yahvé puede proporcionar a su Pueblo vida, libertad, bienestar y paz.

El **Evangelio** pone ante nuestros ojos dos grupos de discípulos, con opciones diferentes ante la propuesta de Jesús. Uno de los grupos, prisionero de la lógica del mundo, prioriza los bienes materiales, el poder, la ambición y la gloria; por tanto, rechaza la propuesta de Jesús. Otro grupo, abierto a la acción de Dios y del Espíritu, está disponible para seguir a Jesús por el camino del amor y del don de la vida; los integrantes de este grupo saben que sólo Jesús tiene palabras de vida eterna. Es este último grupo el que se propone como modelo a los creyentes de todos los tiempos.

En la segunda lectura, Pablo dice a los cristianos de Éfeso que la opción por Cristo tiene consecuencias también a nivel de las relaciones familiares. Para el seguidor de Jesús, el espacio de las relaciones familiares debe ser el lugar donde se manifiesten los valores de Jesús, los valores del Reino. Con su participación de amor, con su unión, con su comunión de vida, el matrimonio cristiano está llamado a ser signo y reflejo de la unión de Cristo con su Iglesia.

Josué 24,1-2. 15-17. 18

En aquellos días, Josué convocó en Siquem a todas las tribus de Israel y reunió a los ancianos, a los jueces, a los jefes y a los escribas. Cuando todos estuvieron en presencia del Señor, Josué le dijo al pueblo: "Si no les agrada servir al Señor, digan aquí y ahora a quién quieren servir: ¿a los dioses a los que sirvieron sus antepasados al otro lado del río Eufrates, o a los dioses de los amorreos, en cuyo país ustedes habitan? En cuanto a mí toca, mi familia y yo serviremos al Señor".

El pueblo respondió: "Lejos de nosotros abandonar al Señor para servir a otros dioses, porque el Señor es nuestro Dios; él fue quien nos sacó de la esclavitud de Egipto, el que hizo ante nosotros grandes prodigios, nos protegió por todo el camino que recorrimos y en los pueblos por donde pasamos. Así pues, también nosotros serviremos al Señor, porque él es nuestro Dios". **Palabra de Dios.**

AMBIENTE

El Libro de Josué cubre parte del s XII a.C., desde el momento de la entrada a la Tierra Prometida de las tribus del Pueblo de Dios liberados de Egipto hasta la muerte de Josué. El libro nos ofrece una visión muy simplificada de la ocupación de Canaán: las doce tribus, unidas bajo el liderazgo de Josué, llevaron a cabo varias brillantes expediciones militares y se apoderaron, casi sin oposición, de todo el territorio hasta entonces en manos de los cananeos. Históricamente, sin embargo, las cosas no sucedieron tan fácilmente, ni tan linealmente: la versión que presenta el Libro de los Jueces y que habla de una conquista lenta y difícil (cf. Jue 1), incompleta (cf. Jue 13,1-6; 17,12-16), que no fue obra de un pueblo unido en torno a un solo líder, sino de tribus que hacían la guerra aislada.

El Libro de Josué, antes de ser un libro de historia, es un libro de catequesis. El objetivo de los autores deuteronomistas que lo escribieron fue resaltar el inmenso poder de Yahvé, puesto al servicio de su Pueblo: fue Dios (y no la capacidad militar de las tribus) quien, con sus maravillas, ofreció a Israel la Tierra

Prometida: corresponde al Pueblo aceptar los dones de Dios y responderle con fidelidad a la Alianza y a los mandamientos.

El texto que se nos propone nos sitúa en la fase final de la vida de Josué. Al sentir que la muerte se acercaba, Josué habría reunido en Siquem (en el centro del país) a los líderes de las diferentes tribus del Pueblo de Dios y les habría propuesto una renovación de su compromiso con Yahvé. Según Jos 24:15, Josué habría expresado las cosas de esta manera: “escojan hoy a quién servirán... porque yo y mi casa serviremos al Señor”.

En la versión del autor deuteronomista a quien debemos esta noticia, Josué parece dirigirse a un grupo de tribus que comparten una fe común en Yahvé. ¿Estamos ante una asamblea que reúna a estas “doce tribus” que, más tarde (en tiempos de David) constituirán una unidad nacional? Algunos eruditos bíblicos piensan que no. Entre las tribus presentes ciertamente no estaría la tribu de Judá, ya que los contactos entre Judá y la “casa de José” sólo se establecieron durante la época del rey David. La “casa” de Josué a la que se refiere el texto está ciertamente compuesta por las tribus del centro del país –Efraín, Benjamín y Manasés– que hacía tiempo que se habían adherido a Yahvé y a la Alianza. ¿Y las demás tribus, invitadas a comprometerse con Yahvé? Probablemente, la invitación a elegir entre “el Señor” y los demás dioses (cf. Jos 24,14) está dirigida a las tribus del norte del país que, sin duda, no han abandonado Palestina desde la época de los patriarcas. (y que, por tanto, no vivieron Egipto, ni vivieron un encuentro con Yahvé, el Dios liberador).

Quizás la “asamblea de Siquem” a la que se refiere Jos 24 sea el primer intento histórico de establecer vínculos entre las tribus de Palestina central (Efraín, Benjamín y Manasés –las tribus que vivieron la experiencia de Egipto, la liberación, el camino por el desierto y la Alianza con Yahvé) y las tribus del norte (Issachar, Zabulón, Naftali, Asher y Dan –tribus que ni siquiera estaban en Egipto). La conexión se haría en torno a una fe común en el mismo Dios. La unión de las distintas tribus del norte y centro no se produjo de golpe; pero fue un viaje lento y progresivo, que sólo se completó mucho después de Josué. El punto de partida del texto que se nos propone es el hecho histórico mismo (probablemente una asamblea en Siquem, donde Josué propuso a las tribus del norte que aceptaran a Yahvé como su Dios). Sin embargo, el autor deuteronomista responsable de este texto tomó la noticia histórica y la transformó en una catequesis sobre el compromiso que Israel asumió con Yahvé. Su objetivo es invitar a los israelitas de su época (siglo VII a.C.) a no dejarse seducir por otros dioses y a permanecer fieles a la Alianza.

MENSAJE

Por lo tanto, estamos en Siquem, con “todas las tribus de Israel” (v. 1) reunidas alrededor de Josué. En su interpelación a las tribus, Josué comienza enumerando algunos momentos claves de la historia de la salvación, mostrando al Pueblo cómo Yahvé es un Dios en el que se puede confiar; sus acciones salvadoras y liberadoras en favor de Israel son prueba más que suficiente de su poder y de su fidelidad (cf. Jos 24,2-13).

Después de esta introducción, Josué invita a los representantes de las tribus presentes a sacar las consecuencias apropiadas y hacer su elección. Es necesario elegir entre servir a este Señor que liberó a Israel de la opresión, que los condujo por el desierto y que los introdujo en la Tierra Prometida, o servir a los dioses de los mesopotámicos y a los dioses de los amorreos. Josué y su familia ya tomaron una decisión: eligieron servir a Yahvé (v. 15).

La respuesta del pueblo es la esperada. Todos expresan su intención de servir al Señor, en respuesta a su acción liberadora y a su protección durante todo el camino por el desierto (v. 16-18). Israel se compromete a renunciar a otros dioses y hacer de Yahvé su Dios.

La aceptación de Yahvé como Dios de Israel se presenta no como una obligación impuesta a un grupo de esclavos, sino como una opción libre, realizada por personas que han tenido una experiencia de encuentro con Dios y que saben que es allí donde reside su realización y su felicidad. Después de recorrer los caminos de la historia con Yahvé, Israel encontró, sin duda, que sólo en Dios se puede encontrar la libertad y la vida en plenitud.

ACTUALIZACION

“ El problema fundamental que plantea el autor de nuestro texto es el de las opciones: “elige hoy a quién quieres servir” – dice Josué al Pueblo reunido. Es una pregunta que nunca dejará de hacernos... A lo largo de nuestro camino por la vida, experimentamos el encuentro con este Dios liberador y salvador que Israel descubrió en su caminar por la historia; pero también muy a menudo nos encontramos con otros dioses y otras propuestas que parecen garantizarnos la vida, el éxito, la plenitud, la felicidad y que, casi siempre, nos llevan por caminos de esclavitud, de dependencia, de desilusión, de infelicidad. La expresión “**elige hoy a quién quieres servir**” nos interroga sobre nuestra servidumbre al dinero, al éxito, a la fama, al poder, a la moda, a las exigencias de los valores que la opinión pública ha consagrado, al reconocimiento público... Naturalmente, no todos los valores del mundo generan esclavitud o son incompatibles con nuestra opción por Dios... Sin embargo, debemos repensar continuamente nuestra vida y nuestras opciones, para no correr detrás de falsos dioses y no dejarnos seducir por propuestas. Falsa sensación de plenitud y felicidad. El verdadero creyente sabe que no puede prescindir de Dios y de sus propuestas; y sabe que es en este Dios que nunca decepciona a quienes confían en Él donde puede encontrar su plenitud.

“ Israel aceptó “servir al Señor” y comprometerse con Él, no por obligación, sino por la convicción de que ese era el camino hacia su felicidad. A veces, Dios es visto como un competidor del hombre y sus mandamientos como una propuesta que limita la libertad y la independencia del hombre... De hecho, el compromiso con Dios y la aceptación de sus propuestas no es un camino de servidumbre, sino un camino que lleva al hombre a la verdadera libertad y su plena realización. El camino que Dios nos propone –un camino que somos libres de aceptar o no– es un camino que nos libera del egoísmo, del orgullo, de la autosuficiencia, de la esclavitud a los bienes materiales y que nos proyecta hacia el amor, el compartir, el servicio, por el don de la vida, por la verdadera felicidad.

“ Josué, líder de la comunidad del Pueblo de Dios, tiene un papel fundamental en cuestionar al Pueblo y testimoniar su opción por Dios. No es un líder que dice hermosas palabras y presenta hermosas propuestas, sino que refuta con su vida lo que dice... Es un líder plenamente comprometido con Dios y que da testimonio, con su propia vida, de esta opción. Josué podría ser un ejemplo para todos aquellos que tienen la responsabilidad de guiar a la comunidad del Pueblo de Dios en su marcha a través de la historia. Su ejemplo invita a quienes presiden la comunidad del Pueblo de Dios a ser voz de Dios que interpela e interpela a quienes caminan junto a ellos; e invita también a los responsables de las comunidades cristianas a testimoniar con su propia vida lo que enseñan al Pueblo.

Salmo 33

R. Haz la prueba y verás qué bueno es el Señor.

Bendeciré al Señor a todas horas,
no cesará mi boca de alabarlo.

Yo me siento orgulloso del Señor,
que se alegre su pueblo al escucharlo.

R. Haz la prueba y verás qué bueno es el Señor.

Los ojos del Señor cuidan al justo,
y a su clamor están atentos sus oídos.
Contra el malvado, en cambio, está el Señor,
para borrar de la tierra su recuerdo.

R. Haz la prueba y verás qué bueno es el Señor.

Escucha el Señor al hombre justo
y lo libra de todos sus congojas.
El Señor no está lejos de sus fieles
y levanta a las almas abatidos.

R. Haz la prueba y verás qué bueno es el Señor.

Muchas tribulaciones pasa el justo,
para de todos ellas Dios lo libra.
por los huesos del justo vela Dios,
sin dejar que ninguno se le quiebre.
Salva el Señor la vida de sus siervos;
No morirán quienes en él esperan.

R. Haz la prueba y verás qué bueno es el Señor.

Efesios 5,21-32

Hermanos: Respétense unos a otros, por reverencia a Cristo: que las mujeres respeten a sus maridos, como si se tratara del Señor, porque el marido es cabeza de la mujer, como Cristo es cabeza y salvador de la Iglesia, que es su cuerpo. Por lo tanto, así como la Iglesia es dócil a Cristo, así también las mujeres sean dóciles a sus maridos en todo.

Maridos, amen a sus esposas como Cristo amó a su Iglesia y se entregó por ella para santificarla, purificándola con el agua y la palabra, pues él quería presentársela a sí mismo toda resplandeciente, sin mancha ni arruga ni cosa semejante, sino santa e inmaculada.

*Así los maridos deben amar a sus esposas, como cuerpos suyos que son. El que ama a su esposa se ama a sí mismo, pues nadie jamás ha odiado a su propio cuerpo, sino que le da alimento y calor, como Cristo hace con la Iglesia, porque somos miembros de su cuerpo. Por eso abandonará el hombre a su padre y a su madre, se unirá a su mujer y serán los dos una sola cosa. Éste es un gran misterio, y yo lo refiero a Cristo y a la Iglesia. **Palabra de Dios.***

AMBIENTE

Seguimos leyendo la parte moral y parenética-exhortativa de la Carta a los Efesios (cf. Ef 4,1-6,20). En esta parte,

Pablo recuerda a los creyentes la elección que hicieron el día de su bautismo y que les obliga a vivir como hombres nuevos, a imagen de Jesús.

La vida de este Hombre Nuevo que dejó las tinieblas y eligió la luz debe traducirse en actitudes concretas. Por lo tanto, Pablo enumera, en una etapa determinada de su reflexión, un conjunto de reglas de conducta, a través de las cuales debe expresarse la opción que el creyente tomó el día de su bautismo.

En el apartado de Ef 5,21-6,9 (al que pertenece el texto que hoy nos proponemos), Pablo presenta las normas que deben regir las relaciones familiares. De manera especial, Pablo se refiere a los deberes de los cónyuges, seguramente porque ve en su unión una figura de la unión de Cristo con su Iglesia. Este es uno de los temas más importantes de la teología desarrollada en la Carta a los Efesios.

MENSAJE

El texto comienza con un principio general que debe regular las relaciones entre los diferentes miembros de la familia cristiana: (*Respétense unos a otros, por reverencia a Cristo*), “sean sumisos unos a otros en el temor de Cristo” (Ef 5,21). “Ser sumiso” / “respetarse” expresa aquí la condición de quien está permanentemente en actitud de servicio sencillo y humilde, sin dejar que la relación con el hermano esté dominada por el orgullo o marcada por actitudes de arrogancia. La expresión “en el temor de Cristo”/ “por reverencia” recuerda a los creyentes que el Cristo del amor, del servicio y del compartir es el ejemplo y modelo que deben tener siempre ante sus ojos.

Luego, Paulo se dirige a los distintos miembros de la familia y propone reglas de conducta concretas. El texto que nos propone, sin embargo, sólo conserva la parte que se refiere a la relación de los cónyuges entre sí (a continuación, Pablo hablará también de la conducta de los hijos hacia sus padres, de los padres hacia sus hijos, de los amos hacia sus padres). esclavos y de los esclavos a sus amos – cf. Ef 6:1-9).

Pablo pide a las mujeres que se sometan /sean dóciles a sus maridos, porque “el marido es cabeza de la mujer, como Cristo es cabeza de la Iglesia, su cuerpo” (v. 23). Esta afirmación –que, a la luz de nuestra sensibilidad y nuestros esquemas mentales modernos, parece discriminatoria– debe entenderse en el contexto sociocultural de la época, donde el hombre aparece como el referente supremo para la organización del núcleo familiar. En cualquier caso, la “sumisión” de la que habla Pablo debe entenderse siempre en el sentido de amor y servicio y no en el sentido de esclavitud.

A los maridos, Pablo recomienda que amen a sus esposas, “como Cristo amó a la Iglesia y se entregó a sí mismo por ella” (v. 25). No es un amor cualquiera, sino un amor igual al de Cristo por su comunidad, es decir, un amor generoso y total, capaz de llegar hasta el don mismo de la vida. Para Pablo, por tanto, el amor de los maridos a sus mujeres debe ser un amor completamente desprovisto de cualquier signo de egoísmo y de arrogancia; y debe ser un amor lleno de preocupación, que se manifieste en actitudes de generosidad, bondad y servicio, que haga un don total a la persona que amas.

En este contexto, Pablo desarrolla su teología de la relación entre Cristo y la Iglesia, y luego extrae las consecuencias necesarias para la unión de los esposos cristianos... Cristo santificó la Iglesia, purificándola *“purificándola con el agua y la palabra”* (v. 26). Ciertamente hay aquí una alusión al bautismo cristiano (probablemente inspirado en las ceremonias preparatorias del matrimonio, que incluían el “baño” de la novia antes de presentarse ante el novio), mediante el cual Cristo construye su comunidad y la purifica del pecado. El bautismo es el momento en el que Cristo ofrece vida plena a su Iglesia y en el que la Iglesia se compromete con Cristo en una comunidad de amor. A partir de ese momento, Cristo y la Iglesia forman un solo cuerpo... Así como Cristo y la Iglesia forman un solo cuerpo, así marido y mujer, comprometidos en una comunidad de amor, forman un solo cuerpo: *“Por eso abandonará el hombre a su padre y a su madre, se unirá a su mujer y serán los dos una sola cosa”* (versículo 31). La expresión “una sola cosa/carne” utilizada aquí por Pablo no se refiere sólo a la unión carnal de los esposos, sino a toda su vida matrimonial, compuesta por un compromiso diario de experiencia del amor, de la fidelidad y de compartir toda su existencia.

Este paralelismo establecido por Pablo entre la unión de Cristo y la Iglesia y el amor que une a los esposos da un significado especial al matrimonio cristiano: la vocación de los esposos es anunciar y testificar, con su amor y su unión, el amor de Cristo, para tu Iglesia. En otras palabras: la unión de los esposos cristianos debe ser, a los ojos del mundo, signo y reflejo del “misterio” de amor que une a Cristo y a la Iglesia.

ACTUALIZACION

“ El compromiso con Jesús y la propuesta de vida nueva que Él vino a presentar afecta la totalidad de la vida del hombre y tiene consecuencias en todos los niveles de la existencia, particularmente en el nivel de las relaciones familiares. Para el seguidor de Jesús, el espacio de las relaciones familiares debe ser también el lugar donde se manifiesten los valores de Jesús, los valores del Reino. Con su participación de amor, con su unión, con su comunión de vida, el matrimonio cristiano está llamado a ser signo y reflejo de la unión de Cristo con su Iglesia. *“Los esposos, hechos a imagen de Dios y constituidos en un orden verdaderamente personal, están unidos en comunión de afecto y de pensamiento y en santidad mutua para que, siguiendo a Cristo, principio de vida, lleguen a ser, por la fidelidad de su amor, a través de las alegrías y los sacrificios de su vocación, dan testimonio de ese misterio de amor que Dios reveló al mundo con su muerte y resurrección”* (Gaudium et Spes, 52).

“ Para Pablo, el amor que une a marido y mujer debe ser un amor como el de Cristo por su Iglesia. Este amor debe, por tanto, estar ausente de todo signo de egoísmo, de soberbia, de explotación, de injusticia... Debe ser un amor de donación total al otro, que sea paciente, que no sea arrogante ni orgulloso, que comprenda los errores y los fracasos de los demás, que todo lo disculpa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta (cf. 1 Cor 13,4-7).

“ Para Pablo, el amor que une a esposa y marido debe ser un amor que haga servicio sencillo y humilde. No se trata de exigir sumisión de unos a otros, sino de pedir a los creyentes que manifiesten total disponibilidad para servir y dar la vida, sin esperar nada a cambio. Se trata de seguir el ejemplo de Cristo que no vino para afirmar su superioridad y ser servido, sino para servir y dar vida. El matrimonio cristiano no puede convertirse en una competencia para ver quien tiene más derechos o más obligaciones, sino en una comunión de vida de personas que, a ejemplo de Cristo, hacen de su existencia un compartir y un servicio a todos los hermanos que caminan junto a su lado.

“ Paulo utiliza, en este texto, en relación con las mujeres, una palabra que no debemos absolutizar: “sumisión”. Esta palabra debe entenderse en el contexto sociocultural de la época, en el que el marido era considerado el referente fundamental del orden familiar. Por supuesto, hoy Pablo no habría usado este término para hablar de la relación entre una esposa y su marido. La afirmación de Pablo no puede servir para justificar ningún tipo de discriminación contra la mujer... De hecho, Pablo dirá, en otras circunstan-

cias, que “no hay judío ni griego, no hay esclavo ni libre, no hay varón ni mujer, porque todos vosotros sois uno en Cristo Jesús” (Gálatas 3:28).

Juan 6, 55.60-69

En aquel tiempo, Jesús dijo a los judíos: "Mi carne es verdadera comida y mi sangre es verdadera bebida". Al oír sus palabras, muchos discípulos de Jesús dijeron: "Este modo de hablar es intolerable, ¿quién puede admitir eso?"

Dándose cuenta Jesús de que sus discípulos murmuraban, les dijo: "¿Esto los escandaliza? ¿Qué sería si vieran al Hijo del hombre subir a donde estaba antes? El Espíritu es quien da la vida; la carne para nada aprovecha. Las palabras que les he dicho son espíritu y vida, y a pesar de esto, algunos de ustedes no creen". (En efecto, Jesús sabía desde el principio quiénes no creían y quién lo habría de traicionar). Después añadió: "Por eso les he dicho que nadie puede venir a mí, si el Padre no se lo concede".

Desde entonces, muchos de sus discípulos se echaron para atrás y ya no querían andar con él. Entonces Jesús les dijo a los Doce: "¿También ustedes quieren dejarme?" Simón Pedro le respondió: "Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna; y nosotros creemos y sabemos que tú eres el Santo de Dios". **Palabra del Señor.**

AMBIENTE

Estamos al final del episodio que comenzó con la multiplicación de los panes y de los peces (cf. Jn 6,1-15) y continuó con el “discurso sobre el pan de vida” (cf. Jn 6,22-59). Este es un episodio permeado por varios malentendidos y donde se manifiesta la perplejidad y confusión de quienes escuchan las palabras de Jesús... La multitud esperaba a un rey mesías que les ofrecería una vida cómoda y pan en abundancia (los romanos decían “pan y circo” para tener a la gente contenta) y Jesús demostró que él no vino “a dar cosas”, sino a ofrecerse para que la humanidad tenga vida; la multitud esperaba de Jesús una propuesta humana de triunfo y de gloria y Jesús los invitaba a identificarse con Él y seguirlo por el camino del amor y del don de la vida hasta la muerte... Los interlocutores de Jesús comprendieron claramente que Jesús les había enfrentado con una opción fundamental: o seguir viviendo según una lógica humana, centrada en los bienes materiales y las satisfacciones más inmediatas, o asumir la lógica de Dios, siguiendo el ejemplo de Jesús y haciendo de la vida un don de amor para compartir. Instalados en sus esquemas y prejuicios, atados a aspiraciones y sueños demasiado materiales, desilusionados de un programa que parecía condenado al fracaso, los interlocutores de Jesús se negaron a identificarse con Él y su programa.

Nuestro texto nos muestra la reacción negativa de “muchos discípulos” ante las propuestas que hace Jesús. No todos los discípulos están dispuestos a identificarse con Jesús (“*comer su carne y beber su sangre*”) y ofrecer su vida como un regalo de amor que debe ser compartido con toda la humanidad. Debemos situar esta “catequesis” en el contexto en el que vivía la comunidad joánica a finales del primer siglo... La comunidad cristiana fue discriminada y perseguida; muchos discípulos se alejaron y tomaron otros caminos, negándose a seguir a Jesús por el camino del don de la vida. Muchos cristianos, confundidos y perplejos, preguntaron: ¿para ser cristiano hay que seguir un camino tan radical y exigente? ¿Será realmente la propuesta de Jesús un camino de vida plena o un camino de fracaso y muerte? Son estas preguntas las que el “catequista” Joanea intenta responder.

MENSAJE

La perícopa se divide en dos partes. La primera (v. 60-66) describe la protesta de un grupo de discípulos ante las exigencias de Jesús; la segunda (v. 67-69) presenta la respuesta de los Doce a la propuesta de Jesús. Estos dos grupos (los “muchos discípulos” de la primera parte y los “Doce” de la segunda parte) representan dos actitudes diferentes hacia Jesús y sus propuestas.

Para los “discípulos” mencionados en la primera parte de nuestro texto, la propuesta de Jesús es inaceptable, excesiva para las fuerzas humanas (v. 60). No están dispuestos a renunciar a sus propios proyectos de ambición y realización humana, para emprender con Jesús el camino del amor y la entrega, para hacer de su vida un servicio y un compartir con sus hermanos. Este camino les parece, además de demasiado exigente, ilógico. Ante la radicalidad del camino del Reino, no están dispuestos a correr riesgos.

En respuesta a la objeción de estos “discípulos”, Jesús les asegura que el camino que propone no es un camino de fracaso y muerte, sino un camino destinado a la gloria y a la vida eterna. La “ascensión” del Hijo del Hombre, después de su muerte en la cruz, para volver a entrar en el mundo de Dios, será la “prueba comprobada” de que la vida ofrecida por amor conduce a la vida en plenitud (v. 61-62). Estos “discípulos” no están dispuestos a aceptar la propuesta de Jesús porque razonan según la lógica humana, la lógica de la “carne”; sólo el don del Espíritu permitirá a los creyentes comprender la lógica de Jesús, adherirse a su propuesta y seguir a Jesús en este camino de amor y entrega que lleva a la vida (v. 63). En realidad, estos discípulos que razonan según la lógica de la “carne” siguen a Jesús por motivos equivocados (gloria, poder, la fácil satisfacción de las necesidades materiales más básicas). Su adhesión a Jesús es sólo externa y superficial. Jesús es claramente consciente de esta realidad. Incluso sabe que uno de los “discípulos” lo traicionará y lo entregará en manos de los líderes judíos (v. 64). En cualquier caso, Jesús ve con tranquilidad y serenidad la decisión de los discípulos. No obliga a nadie; simplemente presenta su propuesta –una propuesta radical y exigente– y espera que el “discípulo” haga su elección, con total libertad.

En definitiva, la vida nueva que propone Jesús es un don de Dios, ofrecido a todos los hombres (v. 65). El fin de este movimiento que el Padre invita al “discípulo” a emprender es el encuentro con Jesús y la adhesión a su proyecto. Si el hombre no está abierto a la acción del Padre y rechaza los dones de Dios, no puede unirse a la comunidad de discípulos y seguir a Jesús.

La primera parte de la escena termina con la retirada de “muchos discípulos” (v. 66). El programa expuesto por Jesús, que exige la renuncia a las lógicas humanas de ambición y realización personal, es rechazado... Estos “discípulos” no están en absoluto disponibles para recorrer el camino de Jesús. Una vez confirmada la deserción de estos “discípulos”, Jesús pide al grupo más restringido de los “Doce” que haga su elección: “¿También ustedes quieren dejarme?” (v. 67). Nótese que Jesús no suaviza sus exigencias, ni mitiga la dureza de sus palabras... Está dispuesto a correr el riesgo de quedarse sin discípulos, pero no está dispuesto a renunciar a la radicalidad de su proyecto. No es cuestión de terquedad o de no querer ceder; pero Jesús tiene la certeza de que el camino que propone –el camino del amor, del servicio, del compartir, de la entrega– es el único camino por el que es posible alcanzar la vida plena... Por tanto, no puede cambiar un solo punto de su discurso y de su propuesta. El camino hacia la vida en plenitud ya ha sido claramente expuesto por Jesús; ahora corresponde a los “discípulos” aceptarlo o rechazarlo.

Ante esta opción fundamental, los “Doce” definen claramente el camino que quieren seguir: aceptan la propuesta de Jesús, se comprometen a seguirlo por el camino del amor y la entrega. Quien responde en nombre del grupo (uso plural) es Simón Pedro: “Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna; y nosotros creemos y sabemos que tú eres el Santo de Dios”. (v. 68). La comunidad reconoce, a través de la voz de Pedro, que sólo en el camino propuesto por Jesús se puede encontrar la vida definitiva. Los otros caminos sólo generan vida efímera y parcial y muchas veces conducen a la esclavitud y la muerte; sólo en el camino que Jesús acaba de proponer (y que “muchos” rechazaron) se puede encontrar la felicidad duradera y la plenitud del hombre (v. 68).

Es porque reconocen en Jesús el único camino válido para alcanzar la vida eterna que la comunidad de los “Doce” se adhiere a lo que Él propone (“creemos” – v. 69a). “Fe” (adhesión a Jesús) se traduce en seguir a Jesús, identificarse con Él, comprometerse con la propuesta que Él hace (“comer la carne y beber la sangre” que Jesús ofrece y que da vida eterna).

La respuesta puesta en boca de Pedro es precisamente la respuesta de que la comunidad joánica (una comunidad que vive su fe y su compromiso cristiano en condiciones difíciles y que, a veces, encuentra difícil renunciar a la lógica del mundo y comprometerse con la radicalidad desde el Evangelio de Jesús) está invitado a decir: Señor, tus propuestas no siempre tienen sentido a la luz de los valores que rigen nuestro mundo; pero estamos seguros de que el camino que Tú nos muestras es un camino que conduce a la vida eterna. Queremos escuchar tus palabras, identificarnos contigo, vivir de acuerdo con los valores que nos propones, recorrer contigo este camino de amor y entrega que conduce a la vida eterna.

ACTUALIZACION

“ El Evangelio plantea claramente la cuestión de las elecciones que nosotros, discípulos de Jesús, estamos invitados a hacer... Cada día somos interpelados por la lógica del mundo, para fundamentar nuestra vida en los valores del poder, éxito, ambición, bienes materiales, moda, “corrección política”; y cada día somos invitados por Jesús a construir nuestra existencia sobre los valores del amor, el servicio sencillo y humilde, el compartir con los hermanos, la sencillez, la coherencia con los valores del Evangelio... De nada sirve esconder la cabeza en la arena: estos dos modelos de existencia no siempre pueden coexistir y a menudo se excluyen entre sí. Tenemos que hacer nuestra elección, sabiendo que tendrá consecuencias en nuestro estilo de vida, en la forma en que nos relacionamos con nuestros hermanos, en la forma en que nos ve el mundo y, naturalmente, en la satisfacción de nuestra hambre y sed de felicidad y de una vida plena. No podemos intentar agradar a Dios y al diablo y vivir una vida “tibbia” y sin exigencias, intentando conciliar lo irreconciliable. La pregunta es esta: ¿estamos o no dispuestos a adherirnos a Jesús y seguirlo por el camino del amor y del don de la vida?

“ Los “muchos discípulos” mencionados en el texto que nos proponen no tuvieron el valor de aceptar la propuesta de Jesús. Atados a sus sueños de riqueza fácil, ambición, poder y gloria, no estaban dispuestos a seguir un camino de entrega total en beneficio de sus hermanos. Este grupo representa a esos “discípulos” de Jesús demasiado comprometidos con los valores del mundo, que pueden incluso asistir a la comunidad cristiana, pero que, a diario, están obsesionados con ampliar su cuenta bancaria, con el éxito profesional en a toda costa, con la pertenencia a la élite que asiste a las fiestas sociales, con el aplauso de la opinión pública... Para ellos, las palabras de Jesús “son palabras duras” y su propuesta radical es una propuesta inaceptable. Esta categoría de “discípulos” no es tan rara como parece... En mayor o menor medida, todos sentimos, a veces, la tentación de mitigar la radicalidad de la propuesta de Jesús y de construir nuestra vida con valores más acordes con una “visión luminosa de la existencia. Debemos estar continuamente atentos a los valores que nos guían, para no correr el riesgo de “dar la espalda” a la propuesta de Jesús.

“ Los “Doce” se quedaron con Jesús, convencidos de que sólo Él tiene “palabras que comunican vida definitiva”. Representan a quienes no se ajustan a la banalidad de una vida construida sobre valores efímeros y que quieren ir más allá; representan a quienes no están dispuestos a gastar su vida en caminos que sólo conducen a la insatisfacción y la frustración; representan a aquellos que no están dispuestos a llevar sus vidas según la pereza, la complacencia y la instalación; representan a quienes se adhieren sinceramente a Jesús, se comprometen con su proyecto, acogen en su corazón la vida que Jesús les ofrece y se esfuerzan por vivir en coherencia con la opción por Jesús que hicieron el día de su Bautismo. Atención: esta opción de seguir a Jesús necesita ser constantemente renovada y constantemente controlada, para que se mantenga el nivel de coherencia y exigencia.

“ En la escena que nos trae el evangelio de hoy, Jesús no parece estar tan preocupado por el número de discípulos que lo seguirán, como por mantener la verdad y la coherencia de su proyecto. No hace concesiones fáciles para tener éxito y captar la benevolencia y el aplauso de la multitud, ya que el Reino de Dios no es un concurso de popularidad... No tiene sentido ocultar la verdad: el Evangelio que Jesús nos propone nos conduce a una vida plena, pero por un camino radical y exigente. A menudo tratamos de “suavizar” las exigencias del Evangelio, para que sea más fácilmente aceptado por los hombres de nuestro tiempo... Debemos tener cuidado de no desvirtuar la propuesta de Jesús y no despojar el Evangelio de lo que es verdaderamente transformador. **Lo que debería preocuparnos no es tanto el número de personas que van a la Iglesia; pero es, sobre todo, el grado de radicalidad con el que vivimos y testimoniamos la propuesta de Jesús en el mundo.**

“ Uno de los elementos que aparece claramente en nuestro texto es la serenidad con la que Jesús afrontó el “no” de algunos discípulos al proyecto que vino a proponer. Ante este “no”, Jesús no fuerza, no protesta, no amenaza, sino que respeta absolutamente la libertad de elección de sus discípulos. Jesús muestra, en este episodio, el respeto de Dios por las decisiones del hombre (incluso las equivocadas), por las dificulta-

des que el hombre siente para comprometerse, por los diferentes caminos que el hombre elige seguir. Nuestro Dios es un Dios que respeta al hombre, que lo trata como a un adulto, que acepta que ejerza su derecho a la libertad. Por otro lado, un Dios tan comprensivo y tolerante nos invita a mostrar misericordia, respeto y comprensión hacia nuestros hermanos y hermanas que siguen caminos diferentes, que toman decisiones diferentes, que viven su vida según valores y criterios diferentes a los nuestros. Esta “divergencia” de perspectivas y caminos no puede, en ningún caso, distanciarnos de nuestro hermano ni servir de pretexto para marginarlo y excluirlo de nuestra sociedad.